

# Retórica, materialidades y prácticas del saber histórico en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX\*

Recibido: 6 de agosto de 2014 | Aprobado: 20 de octubre de 2014

Patricia Cardona Z.\*\*

azuluaga@eafit.edu.co

## Resumen

La retórica como técnica responsable de la inteligibilidad del discurso, de los modos y espacios de enunciación, de los propósitos y de los públicos, definió, hasta el siglo XIX, la existencia de los llamados géneros literarios devenidos en historia, literatura y periodismo, hoy áreas claramente diferenciadas. Sin la retórica la desmembración de los *géneros literarios* es incomprensible; se quedan de lado aspectos como las tradiciones narrativas, editoriales y didácticas que delimitaron los procedimientos de escritura, la implementación de formatos que contribuyó a perfilar usos, públicos y apropiaciones, y la disposición de representaciones sobre el quehacer de historiadores, periodistas y literatos. Este texto aborda algunos asuntos relativos a la constitución del saber histórico en Colombia y se detiene en la relación entre historia y formatos, e historia y escritores de historia.

## Palabras clave

Historia, retórica, géneros literarios, nación.

## Rhetoric, Materiality and Practice of Historical Knowledge in Colombia during the Second Half of the 19th Century

## Abstract

Rhetoric, as a technique responsible for the intelligibility of speech, for enunciation modes and spaces, for purposes and audiences, defined until the 19th century the existence of the so-called "literary genres turned into history, literature and journalism", all of them clearly differentiated areas today. Without rhetoric, the division of *literary genres* is incomprehensible; Issues such as narrative, editorial and educational traditions which delimited the writing procedures, the implementation of formats that contributed to the shaping of uses, audiences and ways of appropriation, and the regulation of representations about the work of historians, journalists and writers, are put aside. This article addresses some issues related to the constitution of historical knowledge in Colombia and emphasizes the relationship between history and formats, and history and history writers.

## Key words

History, rhetoric, literary genres, nation.

\* Este artículo es resultado de la Investigación "Escribir Historia y hacer nación" realizada con el apoyo de la Universidad EAFIT y de la Universidad de los Andes-Colombia y con la dirección del profesor Renán Silva.

\*\* Doctora en Historia, Universidad de los Andes-Colombia. Profesora, Departamento de Humanidades, Universidad EAFIT-Medellín, Colombia. Miembro del Grupo de Investigación *Estudios filosofía, lenguaje y narrativas*, clasificado A en Colciencias.

## Introducción

Aunque el carácter discursivo de la historia no está en discusión, es importante destacar que ella es una escritura que ha cobrado una materialidad explícita donde quedan demarcadas las prácticas inherentes al oficio de los historiadores, quienes en procura de construir un discurso objetivo, recurren a procedimientos de verificación, contrastación, crítica e interpretación de escritos producidos en tiempos pretéritos (De Certeau, 2006: 68-127). Dichos procedimientos se ponen a la vista de los lectores a través del sistema de notas al pie, referencias bibliográficas y mecanismos de citación que son prueba palpable de la artesanía que soporta el estudio del pasado.

Estos aspectos, a menudo desapercibidos, llevan a pensar en las manifestaciones materiales que la historia ha ido construyendo y que han servido para establecer diferencias con escrituras como la periodística y la literaria<sup>1</sup>. ¿Cómo no pensar en las formas y los soportes que le han dado a la Historia unas características propias?, ¿cómo entender la mutación de los géneros literarios sin prestar atención a las materializaciones? ¿Cómo se objetivaron escrituras como la histórica, la literaria y la periodística? ¿Cómo no vislumbrar las condiciones en las cuales se desarrolló el oficio del historiador? ¿Cómo no analizar las relaciones entre las formas y los contenidos que derivaron en las representaciones físicas de los géneros y que a la postre reflejaron las delimitaciones entre ellos y sus propias particularidades internas? (Chartier, 1994: 231-246). Lastimosamente la historiografía ha dejado de lado algunos de los aspectos señalados y, aún más, ha obviado el carácter impreso de la Historia, esto es, que como saber moderno, aquella se ha configurado como una escritura que vierte en el libro el resultado de sus indagaciones, y que, existen lectores para quienes escriben los historiadores.

---

<sup>1</sup> No debe olvidarse que la publicación en revistas especializadas fue un factor importante en la constitución “científica” de la historia, en el siglo XIX buena parte de los historiadores europeos dirigieron sus publicaciones a pares y públicos especializados. No obstante, la escritura de libros de historia siguió estando en el centro de las representaciones del historiador y de su oficio. Por otra parte, la Historia en su forma científica tuvo que establecer las diferencias entre el escritor y el investigador, esto es, entre el genio personal y el estilo de un relato capaz de mover sentimientos en el lector y las exigencias propias de un saber sometido a unas reglas y procesos más cercanos a la artesanía que al arte. Ver: (Noiriel, 2002: 11-28).

Durante la segunda mitad del siglo XIX en Colombia y bajo la influencia de la retórica, los historiadores del período hemos estudiado y que abarca desde 1850 hasta 1900, contemplaban el universo de los lectores y definían narrativas, y estrategias editoriales y argumentativas para facilitar la legibilidad de cuanto escribían. Este período es particularmente interesante para estudiar aspectos relativos a la conformación del saber histórico en el país, así como el proceso de diferenciación de los géneros literarios. Sin lugar a dudas se trató de un momento de expansión del mercado impreso, representado en el auge de folletos, hojas sueltas, periódicos, publicaciones seriadas y libros doctos y populares, objetos impresos que permiten estudiar los procesos de circulación de los saberes, la autonomización de los llamados géneros literarios, y, sobre todo, las relaciones fluidas entre veteranas tradiciones narrativas y editoriales con nuevas técnicas de impresión y nuevos modelos de organización, narración y distribución de los textos.

Las relaciones entre las tradiciones y las novedades hicieron posibles la legibilidad de los textos, ampliaron las posibilidades de comprensión y favorecieron la incorporación de sentidos coherentes con las condiciones sociales y culturales; este proceso es definido por Paul Ricoeur como *refiguración* noción con la que llama la atención sobre el conjunto de referentes culturales que permiten que un texto sea leído de manera distinta en cada sociedad y en cada momento histórico. Así, atiende a la experiencia como elemento fundamental sobre el cual se modula la narración, a los mecanismos temporales que permiten su conversión en relato y a los dispositivos con los que cuenta el lector para darle sentido (1999: 864-900).

El sentido no es un *a priori* y la existencia de un discurso sólo se verifica mediante su enunciación. R. Chartier señaló que, además de reconocer el mundo del lector, había que analizar la existencia de auditorios no familiarizados con el lenguaje escrito, haciendo referencia a los procesos de inteligibilización y de diálogo posibles en el universo de la oralidad (Chartier, 2004: 480-481). En los soportes se materializan las narraciones; orales, escritos, o *performances* (puesta en escena), permiten estudiar las prácticas, modos de uso y apropiación social de los textos (Mackenzie, 2005)<sup>2</sup>. La materiali-

---

<sup>2</sup> La noción de texto como forma expresiva que da cuenta del discurso, la forma en la que se materializa y las prácticas que encarna esa materialización, fue desarrollada por Chartier a partir de los estudios bibliográficos de Mackenzie (2005).

dad que adquiere un discurso está intrínsecamente unida a los desarrollos técnicos, a los sistemas de presentación de la verdad y a los mecanismos que socialmente se han hecho viables para facilitar su circulación: “el escrito es transmitido a sus lectores o auditores por objetos cuyas lógicas materiales y prácticas es necesario comprender” (Chartier, 2008: 19).

Atender a la materialidad ayudará a comprender algunas mutaciones historiográficas, así como el establecimiento de ciertas vías para representar el pasado, evidenciar empíricamente la disolución de los viejos géneros literarios y el surgimiento de las nuevas escrituras que distribuirán los objetos, los métodos y las materialidades<sup>3</sup>. Este texto intentará abordar algunos asuntos relativos a la constitución del saber histórico en Colombia, pero no sólo desde el punto de vista del discurso, interesa también reflexionar sobre las tradiciones retóricas que definieron las bellas letras y el papel que empezaron a jugar los formatos en el trazado de las fronteras entre la historia, la literatura y el periodismo y las prácticas inherentes (de lectura y escritura) a ellas. En este recorrido la relación entre historia y formatos, historia y escritores e historia y géneros, estará mediada por algunas alusiones a la definición de los géneros a partir de sus manifestaciones impresas y a llamar la atención acerca de la importancia de la retórica como legado cultural que permitió la comprensión histórica y literaria de los textos.

## Formatos que escinden

En el prólogo de la *Historia de la literatura en la Nueva Granada* (1867), José María Vergara y Vergara (1831-1872) identificaba algunas condiciones concernientes a la escritura y a la publicación de un libro de historia, y señalaba las transformaciones que había provocado el mercado en los géneros literarios, especialmente su división en tres escrituras claramente identificables: el periodismo, la Historia y la literatura. Ellas tres, a su vez, fueron decantando procedimientos técnicos para su producción, así como formatos y

---

<sup>3</sup> Walter Benjamin parte de la evidencia soviética donde la participación de los lectores en los periódicos diluyó la diferencia entre el escritor y el lector, con la consecuente refundición de los géneros de escritura y los roles, y poniendo en claro que la escritura hacía parte de un proceso técnico que incluía estilo, reproducción y público, ver: (Benjamin, [1934], 2004).

representaciones sociales, que ayudaron a perfilar de manera más clara especificidades, alcances, públicos y usos. Vergara y Vergara era consciente de los cambios que en la escritura, los tiempos y el público se estaban produciendo. Según el mencionado autor, la escritura de un libro de historia no era labor individual de un hombre letrado garapateando signos sobre el papel; más bien, englobaba un conjunto de prácticas y relaciones sociales que iban desde el interés del coleccionista, pasando por la indagación documental y el lucro del mercado. Escribir historia exigía un estilo más pausado que el del periodista y estilísticamente más preciso que el del literato, requería de rutinas de composición, contrastación, análisis y redacción de manuscritos que demandaban gran dedicación temporal antes de que el trabajo pudiera ser entregado al público. Vergara y Vergara enfatizaba en la importancia que tenía el mercado para estimular a los historiadores a escribir; para hacer un libro de historia –decía–, había que contar con “tradiciones ordenadas, bibliotecas abundantes, archivos esmeradamente arreglados y fomentados, estímulos para sepultarse en ellos el gusano que se llama hombre, para salir de allí la mariposa que se llama escritor, [...] la abundante clientela de lectores de todas clases, da al escritor coronas no ya de laurel griego, sino de oro de California” (Vergara y Vergara, 1867: XX)<sup>4</sup>.

Publicar fue durante la segunda mitad del siglo XIX una actividad vinculada con el poder político y con el gobierno. Hombres como José María Vergara y Vergara, se movían con fluidez entre la indagación y la creación, entre la sistematización de leyes y la poesía, entre la composición histórica y la escritura de novelas, y casi siempre estaban abiertamente vinculados con el poder o con sus detentadores. La publicación era, casi siempre, un campo de intervención política y de influencia social, reservado a individuos prominentes.

De las publicaciones también se esperaban ganancias económicas. Vivir de la escritura podía ser utópico, pero a medida que avanzaba el siglo XIX las iniciativas editoriales pudieron sufragar sus gastos, de esta manera la labor de la escritura se vinculó de manera

---

<sup>4</sup> Biblioteca Nacional de Colombia (En adelante se citará como BNC), Fondo Suárez 643, *Historia de la literatura en Nueva Granada* por José María Vergara y Vergara, parte I, *desde la Conquista hasta la Independencia* (1538-1820), Bogotá, Imprenta de Echavarría Hermanos, 1867, Introducción, p. XX.

más decidida al mercado. Las suscripciones atrajeron y fidelizaron lectores de publicaciones periódicas como revistas literarias, diarias y semanarias. El periódico *El Mosaico* (1858-1872), por ejemplo, instaba a sus suscriptores a que: “la suscripción por trimestre a este periódico vale \$1-20, que se pagan por adelantado” (1872 a: 81). Este mecanismo fue decisivo en la formación de empresas editoriales que, aunque modestas, lograron atraer a lectores de todo el país, como se ve en los listados de las agencias en diversos puntos de la geografía colombiana donde podía adquirirse aquella publicación. Esos lectores rebasaron con creces las modalidades de la suscripción, pues, seguramente un periódico de éstos podía circular de mano en mano, o incluso perderse en el trayecto entre la capital y las ciudades de destino<sup>5</sup>.

El mismo sistema fue utilizado para subsidiar la publicación de libros que por el costo de la edición resultaban gravosos para escritores y editores. Los suscriptores hacían posible las publicaciones consuetudinarias y aseguraban la financiación de los costos de estampación, especialmente de libros más elaborados y extensos que exigían abundante capital para sufragar la impresión<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Sobre la incertidumbre de la entrega de los periódicos a sus lugares de destino quedan muchos testimonios en el periódico *El Mosaico*, las valijas llegaban abiertas, con los periódicos destrozados, con evidencia de haber sido leídos en el trayecto y ocasionalmente mutilados. Un ejemplo de lo dicho queda consignado en la siguiente nota dirigida a los *Duendes*, nombre que se daba a esas figuras oscuras en cuyas manos se esfumaban los envíos: “Los duendes continúan haciendo fechorías. Los ejemplares de *El Mosaico* y de la Revista de Bogotá que hemos entregado en la Oficina de Correos para los Señores Miguel Rodríguez de Barbacoas, Carlos Martínez C. de Medellín y Manuel Ospina de Salamina, han desaparecido ¿No tendremos la dicha de que el señor Forero Segura invente una buena trampa y coja siquiera a un duende? Se nos comunica que en la valija de periódicos dirigidos al Guamo, tuvieron los duendes la humorada de echar un par de quesos riquísimos. Con el calor se revinieron, con el movimiento se deshicieron y tanto *El Mosaico* como el *Bien Público* llegaron de la vista de Judas y ni con anteojos los pudieron leer sus dueños” (*El Mosaico*, 1872 b: 56).

<sup>6</sup> José Manuel Restrepo se valió de este medio de financiación para costear la segunda edición de su *Historia de la Revolución*, lo mismo hizo José Manuel Restrepo para garantizar la publicación de los dos tomos de la *Historia civil y Eclesiástica de la Nueva Granada* entre 1869-1873. Veamos: *Periódico el Neogranadino*, Año II, No. 80, trimestre VII, jueves 18 de mayo de 1854. Anuncio suscripción para la segunda edición del libro de José Manuel Restrepo que “constará de los tomos siguientes, en la letra llamada Petite Romaine, la misma en la que se imprimió la *Historia de Venezuela* de Díaz y Baralt. La historia de la Nueva Granada desde 1740 hasta 1819... Tomo 1  
La de Venezuela desde 1740 hasta 1819.....Tomo 2  
La de Colombia desde su fundación hasta 1826.....Tomo 3  
La misma desde 1826 hasta su completa disolución..... Tomo 4  
Las cuatro compendrán aproximadamente mil ochocientas páginas. Se hará publicación en París, en una de las imprentas españolas más acreditadas, corregida con esmero y en 12° francés. El precio de la obra será de 5 pesos fuertes para los suscritores. I empastados los cuatro tomos. El autor de esta obra es bien conocido. Sabemos que ha sido muy meditada, que ha costado algunos años de trabajo, y que el autor tuvo a su disposición los archivos del Gobierno Colombiano, fuera de otros muchos documentos precisos que posee acerca de nuestra revolución.

A medida que se perfilaba la labor del escritor y que la sociedad demandaba más impresos, la escritura empezó a sujetarse a estrategias del mercado, lo que llevó a varios hombres de letras a reflexionar sobre los alcances “filosóficos” de su oficio, más que sobre las condiciones económicas que imponían nuevas prácticas y nuevas representaciones en torno al papel que desempeñaban<sup>7</sup>.

Las inquietudes de Vergara y Vergara habían surgido en Colombia hacia 1850, ese año el periódico *El Suramericano* publicó un artículo que describía y enjuiciaba las prácticas comerciales que afectaban el trabajo de los escritores y el ritmo de la publicación en los Estados Unidos. El artículo, escrito por un anónimo autor, recelaba de la creciente influencia del mercado en la producción de impresos para suplir su demanda. Varias de aquellas críticas se dirigían a la falta de una escuela clásica de literatura, reemplazada por “la escuela comercial, la de los escritores que redactan gacetas, panfletos y anuncios”, acusados por el autor desconocido porque “venden ideas como estufas vende cualquier otro [...] cada artículo tiene su tarifa, y los historiadores os dirán equitativamente cuánto vale un entusiasmo impreso” (*El suramericano*: 1850: sin paginación).

El afán de lucro y el deseo de escribir para satisfacer las solitudes de un mercado cada vez más deseoso de lecturas amenas, fue estableciéndose como criterio menos de elaboración y más de producción en serie. La demanda del público y el éxito comercial se erigieron como criterios de calidad literaria de un impreso y los formatos cobraron vitalidad por su capacidad de caracterizar los contenidos, de atraer a los potenciales lectores y signar los usos<sup>8</sup>. Folletines, gacetas y hojas sueltas se producían en serie, en tirajes con

---

<sup>7</sup> De la escritura como actividad mística de espacios cerrados y sagrados: el escritorio, el *bureau* y la biblioteca, de seres excepcionales que en arrebatos inspiradores creaban obras, se salta a la del escritor volcado a la calle, obrero de la escritura que encuentra en la multitud el insumo para la producción de formas legibles por aquella. La obra cede su espacio al producto: folletín, novela o noticia. En esta cesura la escritura se dibuja como oficio de la entraña del capitalismo, multiplicado por las exigencias tecnológicas del industrialismo y los deseos de la multitud. Escritura para la masa, su calidad la define el éxito que tenga en el mercado; se produce una refundición entre la calidad y venta, característica de la industria del entretenimiento, en la que prima la eficacia del formato y la presentación como innovación sobre su calidad intrínseca: “crece día a día el número de los que escriben, -y que no son apenas literatos y poetas- y se afirma de manera mucho más acuciosa en el interés técnico por las cosas de la escritura que en lo cuidadoso de la edificación”. Empero, la refundición no es símbolo de decadencia, sino efecto de la reproducción y la necesidad de complacer al mercado, (Benjamin, 1980).

<sup>8</sup> Walter Benjamin restaura las complejas relaciones entre producción, escritura y sensibilidades, estableciendo la apropiación como vía para estudiar a los escritores que producen para el público libros que retratan la experiencia de la multitud. El escritor-obrero recorre la ciudad, recaba sus calles y transita sus pasajes “los muros son el pupitre en el que apoya su cuadernillo de notas”. El Poeta ha devenido

ciclos de vida cortos: una vez salía el número siguiente, el folletín anterior perdía vigencia<sup>9</sup>.

En cambio, los libros de historia se escribían lenta y artesanalmente, redactados en función de los ritmos pausados del estudio, la erudición y la preparación intelectual y no de la rapidez y la lectura entretenida de los mercados masivos. El libro de historia representó un saber destilado en el oficio, menos para el goce y la fruición que para el trabajo sosegado del hombre de letras. Volumen y pastas, encuadernaciones cuidadas o rústicas anunciaban al lector la calidad de los contenidos y la excelsitud de quien se había sometido a los rigores de la indagación y a la disciplina de la escritura.

Los formatos por entregas contribuyeron a la representación de escritores sometidos a la tiranía del tiempo y a una escritura destinada más al placer estético que a un aprendizaje útil<sup>10</sup>. Caso contrario de los escritos históricos, hechos bajo la mirada impasible de las horas, escritos añejados en largas divagaciones, en extensas lecturas y en horas de trabajo con documentos impresos y manuscritos; los

---

en obrero-escritor, su “hacer” encarna el ocio para la burguesía que mide la vida con los estándares de la producción; “en la sociedad feudal, las distracciones del poeta son un privilegio reconocido. Al contrario, una vez la burguesía asume el poder, el poeta es el ocioso por excelencia”. El escritor-obrero reinventa el ocio como tiempo expositivo de un hacer, que sometido a las reglas de la producción capitalista, se convierte en método de trabajo que contrasta con los tiempos del trabajo fabril: el ocio del escritor complementa el negocio del industrial. El primero descompone la idea del tiempo verificablemente producido, organizado en espacios para la producción; el escritor convierte el “aparente hacer nada” en valor de su trabajo, cosificado en la capacidad de producir pasatiempos para llenar los “tiempos no productivos” del capitalismo: por lo tanto, la calle, el vagabundeo, son actividades necesarias para la producción y mecanismos de resacralización de su oficio. Lejos del estudio y renuente al encierro, el obrero-escritor hace de la exhibición de su método de trabajo un medio de distinción: “En el boulevard será donde se mantenía disposición de cualquier suceso, de un dicho gracioso, de un rumor (Benjamin, 1973).

<sup>9</sup> En Colombia existen ejemplos de publicaciones literarias que abrieron sus páginas para la publicación de novelas y textos por entregas. En el periódico *El Mosaico*, fue una constante que los más reputados escritores colombianos publicaran novelas por entregas. Eugenio Díaz Castro publicó allí su novela *Manuela* entre 1858 y 1859. Este periódico literario impulsó la publicación de documentos con valor histórico, biografías y estudios sobre el pasado. Pero este no fue un caso aislado. En 1882 salió a la luz el *Papel Periódico Ilustrado*, un importante medio de difusión y divulgación de estudios, biografías y documentos históricos. Sus ilustraciones fueron de gran peso en la construcción de las representaciones icónicas de la historiografía nacional. Los periódicos de este tipo, es decir, enfocados en las bellas letras, gozaban de mayor tiempo de preparación y de ediciones más cuidadas y con mayor vigencia en el tiempo, empero, la importancia que tuvieron en la difusión del pasado nacional, rebasa nuestro interés, no tanto por sus contenidos, cuanto porque ellos iban dirigidos a públicos instruidos; escribía el editor de *Papel Periódico Ilustrado* “No escribimos para tales espíritus medianos [...] por lo mismo no se les ocurre hacer una consulta ni verificar una cita”. (*Papel Periódico Ilustrado*, 1882: 93).

<sup>10</sup> El folletín tuvo la virtud de facilitar la publicación de textos extensos en prosa. Fortaleció el sistema de suscripciones como suerte de contrato en el que a cambio de un pago previo, los suscriptores recibían los nuevos capítulos y obtenían descuentos, ofertas y libros de regalo. Las suscripciones junto con los sistemas de anuncios ayudaron al sostenimiento de las empresas editoriales y agilizaron la llegada al país de novedades editoriales y “popularizaron” escritores franceses como Alejandro Dumas y Eugene Sue, entre otros (Arango Jiménez, 1991), (Eco, 1994).

pequeños libros de historia patria (*las obritas*) hicieron parte de esas representaciones, pues si bien sus contenidos eran menos densos y sus presentaciones más simples, ellas sólo eran posibles después de largas jornadas de lectura y ordenación de los acontecimientos que debían relatarse con el cuidado que acarrearba un saber útil para la cohesión y la creación de una visión común del pasado.

A diferencia de la novela por entregas o de los periódicos, la labor de los escritores de libros de historia se creyó siempre más reflexiva, madurada en las exigencias propias de la erudición. El escritor de Historia desafiaba las demandas de la inmediatez por medio de una escritura depurada, generalmente dirigida a públicos letrados, capaces de otear las complejidades de una trama o las exigencias de erudición que imponían ciertas “obras”. El escrito literario se insertaba mejor en las condiciones de una producción rápida, hecha para el goce o el entretenimiento, no tanto para la reflexión o el aprendizaje sistemático de un saber. En la terminología reinante, tanto al oficio del escritor, como a la escritura misma, se les exigió ser “útil”, económica y socialmente aceptable.

Los escritos debían movilizar recursos y lectores, ofrecer beneficios y enseñar un saber práctico para la industria o la vida social que, como en el caso de la Historia, se convertía en piedra angular para la cohesión nacional y la promoción de la civilización. Del mismo modo, las novelas, algunas con almibaradas páginas, propiciaban una nueva dimensión del ocio como tiempo ligado a la producción.

Según apreciaciones de esta época la elaboración de grandes obras se reemplazó por “una lectura rápida y barata”, en la que el “consumo de libros para la educación primaria”, denotaba requerimientos puramente utilitaristas, en los cuales el objeto no era “el desarrollo de las facultades del alma i el espíritu, sino la formación de hombres propios para los negocios de la vida social” (*El Suramericano*, 1850: s. p.).

Para continuar es necesario que antes hagamos una taxonomía que nos ayude a comprender las divergencias que operaban dentro del campo literario en el siglo XIX. Para tal fin la retórica resulta útil, ya que era un saber con el que estaba familiarizada gran parte de la sociedad, lo que se prueba en los planes de estudio del país así como en la existencia de varios libros que, elaborados por escritores colombianos, compendian los conocimientos de sus congéneres mayores.

Empecemos diciendo que por literatura se entendía “el conocimiento de la ciencia, de las bellas artes y de las bellas letras” (*Introducción*, 1848: 1)<sup>11</sup>. La literatura hacía referencia a la existencia de un cuerpo escrito sobre una de las áreas anteriormente señaladas. En esa clasificación se hallaban las llamadas *Bellas letras*, nominación que agrupaba aquellas cuya materia sustantiva era la palabra “como la elocuencia y la poesía” (*Introducción*, 1848:1). En el campo de las Bellas letras estaban reunidas la historia verdadera, la historia ficticia, la poesía y la retórica.

La historia verdadera se ocupaba de acontecimientos verdaderos; “recordar la verdad para la instrucción de los hombres” (Blair, Hugo. 1834: 312)<sup>12</sup> y la historia ficticia se refería según el *Tratado* de Enrique Álvarez Bonilla a “composiciones llamadas novelas y cuentos”, que se distinguían de la primera “en que los hechos que en ellas se refieren no han pasado realmente, sino que son fingidos por el autor en todo o en la parte” (1893:158). Según el libro de retórica de Hugo Blair, uno de los más conocidos en el país durante el siglo XIX, estas composiciones eran numerosas y “en general poco importantes”, ya que a primera vista parecían “demasiado fútiles para dar de ellas una noticia particular”, pero examinadas con cuidado resultaban ser uno de los mejores canales para la formación moral, para “mostrar los yerros a que nos arrastran nuestras pasiones y para hacer amable la virtud y ocioso el vicio” (Blair, 1834: 312). Se advertía acerca del peligro de caer en la lectura de “obras triviales que salen diariamente al público”, que antes que inspirar la moralidad, eran proclives a fomentar “la disipación y el ocio” (Blair, 1834: 374).

La aparente indeterminación en el horizonte de las *Bellas letras*, estaba diferenciada internamente, es decir, tanto la historia verdadera como la ficticia respondían a criterios de elaboración claramente establecidos. Incluían reglas estilísticas indicadas para cada género. En el caso de la historia verdadera los escritores debían atender a un plan elaborado con antelación que detallaba la disposición narrativa, la unidad y los propósitos del texto a redactar. Los

<sup>11</sup> BNC. Fondo Pineda 133, Pieza 7. *Introducción al estudio de la literatura; dedicada a las clases de retórica, Arte poética i oratoria*, Bogotá, Imprenta de J. A. Cualla, 1848, p. 1

<sup>12</sup> BNC. Fondo Cuervo 1272. *Lecciones sobre la retórica i las Bellas letras* por Hugo Blair. Los tradujo del inglés Don José Luis Munarriz, 4ª ed. Aumentada con el *Tratado del Sublime* por Casio Lonjino, Méjico, Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1834, p. 312. Este libro fue la base para textos posteriores sobre el mismo tema. El *Tratado de Retórica* de Enrique Álvarez Bonilla es un compendio de esta obra.

hechos debían conectarse entre sí y con el asunto principal, término con el que se nombraba el tema que articulaba toda la narración, y que para unos podía ser la redención, la civilización, o en otros, el ascenso humano hacia el progreso.

Conforme con la dignidad de la escritura histórica como responsable de la fijación del pasado en glosas puestas al servicio de públicos cada vez más extensos, se exigía a los escritores un lenguaje acompasado con la seriedad y el rigor propios de la materia de su interés. La historia, decía Blair “no debe ser una fábula compuesta con el designio de agradar y que hable solo a la imaginación”, debía tener un lenguaje serio, elegante, “la gravedad y la dignidad son sus características esenciales y la deslucen los adornos frívolos, la brillantez de estilo y las sutilezas del ingenio” (Blair, 1834: 313). Alrededor de estas singularidades fueron haciéndose explícitas las diferencias que habrían de dividir el campo de las Bellas letras. Por un lado la historia cada vez más cerca de los requerimientos de formación y utilidad de las ciencias, por el otro, el cultivo de la literatura que en el contexto del siglo XIX se concibió como actividad de goce y fruición más que propiamente útil (Aurell – Balmaceda – Burke – Soza, 2013: 13).

Más allá de los cambios epistemológicos operados en la formación de nuevas áreas de saber surgidas de las llamadas Bellas letras, el problema del mercado y de los formatos revelaron decididamente las variaciones y las divisiones producidas en el campo de la escritura. El oficio del literato, decía el artículo de *El Suramericano*, resultaba un tanto discordante y poco valorado; “para escribir es preciso no tener otra cosa mejor que hacer” (*El Suramericano*, 1850: s.p.). La misma apreciación del literato apareció consignada en las páginas de *El Cernícalo*, cuando recomendaban a los impresores mayor cuidado con la ortografía de los impresos; pero aclaraba que “no queremos de nuestro buen amigo impresor que se vuelva literato, porque para eso sobran los vagabundos” (1850: 1).

A pesar de las críticas que se hacían a las dinámicas del mercado que marcaba la producción de escritores e impresos, el deseo de escribir se mantuvo: la publicación de periódicos, novelas, poesías, ensayos y libros de historia no cesó, desde 1850 y hasta la primera década del siglo XX, el mundo editorial fue activo, pese a las modestas proporciones de sus alcances.

En 1848 con la llegada de Manuel Ancízar y del grupo de impresores, encuadernadores y litógrafos venezolanos que vinieron con él para fundar un establecimiento tipográfico, se produjo en el país una notable mejoría en el desarrollo de las técnicas de edición. Indudablemente esa situación favoreció la demanda de libros destinados a la educación y al aprendizaje de saberes útiles para la vida social, y los escritores pudieron mantenerse vigentes en su actividad, lo que hizo viable la creación de un mercado que, a pesar de su pequeñez, podía jalonar la elaboración y producción de periódicos y libros.<sup>13</sup>

Esas circunstancias fueron notables para los editores de periódicos literarios, por eso en 1858 en las páginas de *El Mosaico* se valoraban estas condiciones: “cada día se van allanando los muchos y graves obstáculos que ha habido entre nosotros para la publicación de obras serias, i aun para las hojas periódicas. Contribuyen al logro de este fin la progresiva mejora del gusto de los lectores, i la multiplicidad de imprentas que en este, i en los demás Estados trabajan sin cesar [...] Por fin se va extendiendo ya la mano al campo fertilísimo y florido de la historia”(1859: 11-12)<sup>14</sup>.

## Prácticas y oficios que delinean géneros

La definición de un campo historiográfico propiamente hablando fue posible gracias a oficios y elaboraciones como las del periodista y el literato. En la mayoría de las ocasiones un escritor se movía fluidamente por los géneros, la especificidad de cada uno de éstos se hacía visible a través de los formatos y de los tiempos y las actividades procedimentales que requería cada género. Más que hacer una diferenciación *a priori* del campo epistemológico de la historiografía, el periodismo o la literatura colombianas en el siglo XIX, es preciso

<sup>13</sup> El General Tomás Cipriano de Mosquera invitó a Manuel Ancízar a regresar al país y fundar una tipografía, José María Samper “Vino Ancízar con tal propósito, acompañado de los hermanos Echavarría y Ovalle y otros hábiles impresores, y de los hermanos Martínez dibujantes, pintores, y litógrafos notables; y haciendo traer de Estados Unidos todo el tren necesario, en considerable escala adelantaron el más vasto y notable establecimiento que hasta 1848 se hubiera conocido en Bogotá, con el nombre de Imprenta del Neogranadino. Anexas al establecimiento, o en estrecha relación con él, quedaron organizadas la litografía de los Martínez (primera en su género en el país) y una excelente oficina de encuadernación. De aquel tiempo datan los mayores progresos de la tipografía, la litografía y la encuadernación en Colombia”, (1882: 265-266).

<sup>14</sup> Hay referencias, manuscritos de historia de Colombia que no se publicaron; en *El Mosaico* se daba noticia de que “Antes de que Acosta y Plaza hubiesen publicado sus trabajos históricos ya tenía escrita [José Joaquín Ortiz] una historia de la Conquista de la Nueva Granada que desgraciadamente está inédita”. (*El Mosaico*, 1871: 84).

analizar ciertas condiciones adheridas a la ejecución particular del oficio en cada género y las representaciones sociales que cada uno fue adquiriendo gracias a sus registros materiales.

Las prácticas y procedimientos propios de cada escritura fueron centrales en la segmentación de los géneros literarios. Dado que los escritores transitaban abiertamente por el periodismo, la literatura o la historia, fue a través de las prácticas que se perfilaron sus diferencias. Los formatos ayudaron a madurar y a visibilizar las divergencias en las operaciones y técnicas empeñadas en los géneros. En los contenidos, en los usos y en los públicos, se esbozaron los ámbitos y consolidaron representaciones sobre la función, los tiempos y las técnicas que sustentaban las distintas escrituras. La frontera porosa entre los géneros lograba hacerse palpable en las publicaciones que, a la postre, visibilizaban los procedimientos de los escritores y les conferían una materialidad a la que se adherían prácticas y espacios de lectura, públicos y acuerdos implícitos entre lectores y escritores.

La creación de un ambiente favorable al estudio, a la escritura y a la publicación de libros de historia estuvo fuertemente vinculada con “la progresiva mejora en el gusto de los lectores, i la multiplicación de imprentas” (*El Mosaico*, 1859: 11-12), así como con un interés cada vez más notorio por confeccionar obras destinadas al conocimiento del pasado que fueran útiles para la comprensión del presente y la proyección del futuro. Podemos decir, que fue gestándose la idea de la utilidad del conocimiento del pasado, no sólo como depósito de ejemplos para el presente y el porvenir, sino porque a través de su estudio se podía calcular el futuro y formar a los hombres en los negocios de la vida social.

Los escritores tenían que proceder de acuerdo con presupuestos básicos de indagación y escrutinio de la información extraída de otros autores, una arquitectura que quedaba entremezclada en los cuestionarios y en las huellas tipográficas que, invocando un principio de orden y comprensibilidad, ayudaban a dar concordancia y coherencia cronológica, además del uso de las fórmulas retóricas que daban mayor nivel de claridad a los contenidos y favorecían la movilización de los sentimientos entre los lectores.

En el mismo prólogo mencionado, Vergara y Vergara recordaba a los lectores que una década antes (1850) apenas si existía algún interés por el pasado nacional (lo que era desde luego exagerado). Esperando tener una información más exhaustiva que le ayudara

a comprobar su hipótesis acerca de la existencia de una literatura con rasgos nacionales anterior a 1810, Vergara y Vergara esperó, por consejo del señor Rufino Cuervo (1801-1853) –padre de Rufino José Cuervo–, a que “aguardara a que se imprimiese una obra que había visto ya anunciada”, refiriéndose a la de José Antonio de Plaza, de quien se decía era “un hombre erudito, estudioso y especialmente investigador de nuestras antigüedades” (Vergara y Vergara, 1867: XIII)<sup>15</sup>. Esta nota no pasaría de ser una anécdota más si no fuera porque en ella encontramos aspectos que anuncian algunas modificaciones en el modo de pensar y concebir la historia, no sólo por cuenta de los cambios que se perciben en la representación de la elaboración y la escritura histórica, sino porque será el mismo José María Vergara quien nos haga ver las mudanzas operadas en la representación del escritor y en la variedad de sus roles.

José María Vergara se consagró a la indagación, consultó manuscritos e impresos, visitó la biblioteca nacional y se propuso acopiar una colección de documentos que sirvieran para investigaciones<sup>16</sup>. Sólo cuando logró incorporar un método de indagación y tener en su poder una cantidad de documentos que sirvieran para respaldar sus hipótesis se decidió a publicar su obra, no sin antes haber renunciado a “las demás empresas literarias” que impedían la dedicación total a la redacción y publicación de su libro<sup>17</sup>.

La dedicación y cuidado que demandaba a los escritores la redacción y composición de un libro debía ser coherente con la presentación del mismo en una publicación que hiciera notoria la actividad

<sup>15</sup> La conversación a la que alude Vergara y Vergara tuvo lugar hacia 1849, teniendo en cuenta que fue un año antes de la publicación del libro de José Antonio de Plaza, efectuada en 1850. La Introducción al estudio de la literatura entendía por erudito “cuanto sea mayor el número de estos hechos que conserve en su memoria” (1867: 1).

<sup>16</sup> En su cuadro de costumbres, *Las tres tazas* escribió: “soy coleccionador, bibliómano o anticuario” [...] y por esta razón poseo impresos abundantes”, (Vergara y Vergara, 2012). Como coleccionista, escritor y experto en antigüedades Vergara y Vergara gozó del respeto de los literatos de su época. Gracias a su reputación el gobierno de los Estados Unidos de Colombia lo nombró para fundar y organizar los depósitos de documentos coloniales que estaban amontonados en una casa destartada. Vergara y Vergara se concentró en organizar esos “bultos”, encuadernándolos y elaborando los primeros índices que recuperaron parte de aquellos papeles para la historiografía nacional (Vergara y Vergara, 1867).

<sup>17</sup> Al respecto escribía José María Vergara y Vergara: “La obra que trabajaba yo era apenas, según mi intención, un apunte informe que me sirviese de indicador para completar mi colección y como *memorandum* para satisfacer mi curiosidad de conocer el desarrollo de nuestras letras hasta antes de 1810. Mis apuntamientos eran ya voluminosos y algunos de ellos tan interesantes, que los amigos personales que constituyen mi sociedad íntima y habitual me animaron a que los redactase y publicase, y no solamente me animaban, sino que algunos de ellos pusieron por obra la de urgirme y vedarme en todas las demás empresas literarias, para reducirme a ocuparme solamente en la obra que hoy presento al público”. (Vergara y Vergara, 1867: XVIII).

y la consagración del escritor a estos estudios. De esa relación entre escritores e impresores resultó una forma de impreso que encarnaba unas prácticas particulares de uso y apropiación<sup>18</sup>. La lectura de aquellos libros figuraba un tipo exclusivo de relación; a diferencia de los artículos periodísticos de corta vigencia y de lectura rápida, los libros de historia demandaban, más allá de la fruición y el gusto estético, el estudio concienzudo de sus postulados, de sus contenidos, la contrastación de sus datos y la revisión de aquellos documentos que los soportaban<sup>19</sup>.

La singularidad de las relaciones entre los escritores, los libros y el público fue un tema que inquietó a José María Vergara y Vergara. Ya vimos cómo encaró la publicación de sus indagaciones históricas, pero ésta no fue su única avanzada literaria. Sus actividades en el campo de las letras le llevaron a incursionar en diversos géne-

<sup>18</sup> El trabajo de impresión era dispendioso y dificultoso. Después de recibir el manuscrito, los impresores enfrentaban la tarea de convertir legajos de abigarrada escritura en libros que tuvieran orden, un sentido estético y que mediante ayudas tipográficas como la numeración de las páginas, los índices, la separación por capítulos, el uso de notas al pie y las ilustraciones, hiciera de la lectura una actividad encaminada al estudio, la reflexión y el goce. Poca información directa hemos encontrado de la actividad de los impresores en el país, quedan algunas notas publicadas en periódicos que narran las dificultades propias del oficio. Hay algunas hojas sueltas sobre el proceso seguido contra el impresor Zoilo Salazar por incumplimiento en la publicación de la Recopilación de leyes neogranadinas; en su defensa el impresor argumentó: “tuve que prescindir de la utilidad de 23 resmas de papel, no recibir varias obras que fueron a mi imprenta, trabajar por la noche aumentando los gastos”, BNC. Fondo Pineda 803, F. 186 186. Bogotá. 1846. Existe también una especie de reglamento de facto de Imprenta que estipulaba algunas funciones. Se nota en este reglamento la preocupación por sostener económicamente estos establecimientos: “cuidar que todos los operarios guarden el debido orden, que ejecuten con esactitud los trabajos que les encarguen; que no dañen ni estraigan nada de lo perteneciente al establecimiento; que guarden un completo SÍJLO sobre los autores de las publicaciones que se hagan en la imprenta. Pasar al tesorero todos los artículos que se impriman, anotando al margen quien los compuso i cuanto vale la composición, cuidar que todos los cajistas distribuyan sus composiciones”, BNC. Fondo Pineda 803, F. 762. No se sabe la fecha exacta de este reglamento, no obstante, por el lugar de la encuadernación así como por algunas señas tipográficas, se puede datar hacia el año 1850.

<sup>19</sup> La mayoría de trabajos que estudian el periodismo en Colombia se deciden por el uso de definiciones que no abundan en los aspectos sociales o en las lógicas de escritura y representación de un determinado género o autor, de modo que aunque existían ciertas actividades vinculadas a las labores de la información y de la formación de la opinión pública, creemos impropio definirlo abiertamente como periodismo. Una de las razones es el nivel de indefinición de los géneros y el paso de los escritores por ellos. Sólo hasta bien entrado el siglo XIX se sustituye la palabra publicista por la de periodista. De otro lado, la consideración de los formatos también permite una mejor delimitación del problema y una mejor inserción en la sociedad y en las posibles representaciones que sobre una u otra escritura pudieron haber construido los lectores. Se da casi como un hecho que el periodismo es una constante histórica con una linealidad estricta. Pero es importante reconocer trabajos pioneros que empezaron a recopilar y sistematizar la dispersa información de los periódicos colombianos desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX (Otero, 1931). Hay trabajos que empiezan a preguntarse por las relaciones entre el periodismo y la literatura tomando como estudio de caso la crónica (Correa, 2011). El catálogo de cien años de la prensa en Colombia, es una de las herramientas más útiles y de los mejores trabajos que al respecto se han hecho en el país (Uribe y Ávarez, 1985) sobre la narrativa de ficción en los periódicos decimonónicos (Rodríguez, 2007). La historia extensa del periodismo en Colombia puede consultarse (Vallejo, 2006).

ros, además de volcar grandes esfuerzos a la realización de las que él llamaba “empresas literarias”, para referirse a distintas actividades relacionadas con la fundación, edición e impresión de periódicos literarios.

En 1871, *ad portas* de la publicación de la *Revista literaria de Bogotá*, de la que esperaba fuera un órgano que diera a la luz las más “delicadas publicaciones de Colombia y América”, Vergara y Vergara señalaba la diferencia entre las “hojas diarias” que ejemplificaban “una mejora en los círculos políticos y comerciales” mas no “en los literarios” —escritas de manera rápida y cuya vigencia demandaba menos cuidado en la elaboración—, de aquellas publicaciones que exigían dedicación, “la preparación de sus materiales y tiempo más largo en su aparición” y que no estaban sometidas a las presiones inmediatas del mercado, ni “que dan con prontitud las últimas noticias y el último precio” (Vergara y Vergara, 1871: 170).

Si bien organizadas de acuerdo con el gusto de los lectores y en coherencia con los requerimientos mínimos de la rentabilidad económica, esas publicaciones, por el carácter de sus contenidos y la factura de la prosa, estaban destinadas a permanecer en el tiempo, pues no se escribían para saciar el interés por la información diaria, sino para cultivar el espíritu y promover el estudio y la reflexión entre los lectores. Para hacer esas publicaciones se requería, según Vergara y Vergara en el *Prospecto* aludido, “el trabajo reposado del que cultiva las letras con plan para su escrito y con más elevada aspiración para su nombre”. Esos escritos reivindicaban una lectura minuciosa; para “saborear escritos que tengan más cuenta con el alma que con el interés”. Argumentaba Vergara y Vergara que el lector necesitaba “producciones que aparecen para ser leídas en el hogar y no en la esquina de la calle entre el clamoreo de la Bolsa o el Bazar” (*El Mosaico*, 1871: 170). Esas lecturas estaban destinadas al estudio, que entonces se entendía como una “lectura atenta, metódica y repetida de un libro o escrito” (*Introducción*, 1848: 4), y no para el goce estético o la mera información diaria que perdía casi de manera inmediata su vigencia.

Otro elemento importante al definir materialmente la historia de otros campos de escritura es el de la firma de los escritores. La escritura “ficticia” permitía ciertas licencias en materia de autoría. Una práctica frecuente fue la utilización de seudónimos para firmar

las novelas, los cuentos y las poesías; ésta práctica se extendió también a los periódicos, cuyos artículos aparecían como textos anónimos o firmados con seudónimos. Caso contrario al de la historia, en este campo los autores refrendaban la veracidad de lo dicho, así como la responsabilidad por lo narrado con la inclusión de su nombre completo y en ocasiones con los oficios, cargos o distinciones que les validaban como escritores de historia. Sin la firma, el texto se consideraba un libelo carente de credibilidad. José María Quijano dejó una pista importante al respecto cuando señaló que Riva Agüero “quitó a su obra todo el carácter serio que pudiera tener al no atreverse a poner su firma”, usando el “seudónimo de un Pruvonena”, “anagrama de un peruano” (1883:337), refiriéndose a José Mariano de la Riva Agüero (1873-1858) quien publicara en 1858 las *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú* (1858). Es por ello que los seudónimos pueden ayudar a definir los géneros y a aclarar nociones como autor o escritor y las concepciones que de ellas se hicieron dentro de los distintos ámbitos de la escritura<sup>20</sup>.

## **Libros de historia para las mayorías: Formatos y usos**

Más que ver en los formatos la función instrumental de “vulgarizar” un saber, ellos ayudan a visibilizar otras variables necesarias para los consensos a los que ha llegado una disciplina. El estudio de la Historia en su manifestación moderna sería incompleto si no se tienen en cuenta los libros que por su sencillez, bajo costo y simpleza llegaron a la mayoría, y a través de los cuales se ponía en práctica la vieja máxima retórica: “un historiador sabio procura colocar a los lectores en un lugar eminente” (Blair, 1834: 23) indicando el poder divulgativo de transmisión de la palabra impresa y su finalidad última: escribir y publicar textos claros para el público y, por lo tanto, atendiendo a una condición inmanente del discurso, la de que este

---

<sup>20</sup> A continuación una lista de los seudónimos de algunos escritores conocidos del siglo XIX. Ellos se usaron en textos poéticos y literarios, no en trabajos históricos. Aldebarán: Soledad Acosta de Samper; Alpha: Manuel Ancízar; Arezipa: José María Vergara y Vergara; Bardo: José Joaquín Borda; Celta: José Caicedo Rojas; Jeremías Páramo: José María Samper; Lina Caro: José Joaquín Ortiz; López de Ayala: José María Quijano Otero; Pedro Pérez de Perales: José Manuel Marroquín (Laverde Amaya, 1892: 237-240).

existe cuando adquiere un carácter aprehensible, sea oral, escrito o representado.

La ventaja de los impresos sobre el habla era clara en el siglo XIX: “un modo de comunicación más extensivo” que permitía dar a conocer “a los ausentes nuestros pensamientos y propagarlos por todo el mundo” (Blair, 1834: 323). La formación retórica quedó registrada en aquellas publicaciones que, si bien atendían a los nuevos rigores de la ciencia, no descuidaban las fórmulas que cooperaban con la comprensión de sus escritos. Se fue gestando una personalidad narrativa que trazaba los límites de la Historia regida por las condiciones de “moderna cientificidad” con respecto a otros géneros, y se delimitaban los alcances y los públicos de las obras para doctos, y aquéllas destinadas a la mayoría.

En Colombia, durante la segunda mitad del siglo XIX voluminosas obras de historia y los sencillos libros de divulgación eran publicaciones complementarias, unas, y otras, componían un campo relacionado en el que cada una cumplía una función. De un lado las obras para eruditos, exhaustivas, narradas al detalle, descriptivas, causales y casi siempre ambiciosas en el alcance de los contenidos. Del otro, los libros divulgativos (denominados *obritas*), sencillos, sentenciosos, cuya organización inquisitiva redundaba en la facilidad para la memorización, a la vez que expandían sus horizontes a un mundo en el que la lectura todavía no era la forma generalizada de aprendizaje, y con la función de dar a conocer una versión consensuada del pasado patrio para crear sentimientos de adhesión y fervor por la causa republicana (Cardona Z., 2013).

La lectura de los libros más sencillos se aseguraba mediante estrategias editoriales que facilitaban la oralización y el aprendizaje memorístico: párrafos cortos, numerados y organizados alrededor de fechas y acontecimientos adaptados a los requerimientos de la transmisión oral, “por un lado una duración limitada para no cansar al auditorio, y por otro, la imposibilidad para que los oyentes memoricen una intriga demasiado compleja” (Chartier, 1999: 31). También se incluían listados de gobernantes, breves apéndices geográficos o lecturas cortas, máximas y versos que ayudaban a inculcar de manera eficiente la historia patria. El carácter “sintético” de tales libros, así como la idea de que sus escritores, más que incluir novedades en materia de contenidos, los resumían de escritores más

notables, explica la carencia de notas al pie. Ausencia que no debe advertirse como descuido o falta de rigor histórico, sino al carácter popular de estas publicaciones, en las que se vertían versiones canonicizadas, simplificadas y sencillas, indispensables en la formación y la cohesión nacional.

La fácil manipulación, la posibilidad de portar los libros y el uso de estrategias editoriales que armonizaban la lectura y la oralidad, hacían parte de un universo tipográfico encaminado a hacer más agradables y comprensibles los contenidos para que llegaran a los más y a los menos letrados. Presentados de manera ordenada y estructurados a partir de preguntas, los contenidos se fijaban en la memoria sin alterar su forma. Verdades del común dominio debían ser inculcadas a través de un lenguaje sencillo y “gravadas en la memoria de los educandos de un modo imperecedero” (French, 1892: 2). Dar más texto a un precio menor, en formatos pequeños y portables, era el principio de la denominada densidad tipográfica (Hebrard, 1985: 63-104), factor decisivo en la configuración del mercado de los impresos baratos, y por lo tanto de que un mayor número de personas tuvieran acceso a ellos.

La densidad tipográfica exigía un ejercicio gravoso para los escritores: de un grupo abigarrado de hechos, “de infinidad de documentos impresos e inéditos” (Franco, 1881: IX), extractados de otros autores e incluso, consultando periódicos y manuscritos, debían seleccionar los más relevantes y reescribirlos de una manera simple, sin perder la “grandilocuencia” que demandaba la historia del país. Los escritores debían tener destrezas para ponderar la información, y evitar posturas dogmáticas o parcializadas con respecto a acontecimientos políticos, personalidades o épocas, por ello se ocuparon de matizar la mayor parte de las afirmaciones y presentarlas sin pasiones ideológicas, “prescindiendo de emitir juicios sobre los acontecimientos” (Quijano Otero, 1874: IV)<sup>21</sup> que minaran la pretensión de verdad e imparcialidad o que influenciaran de manera indebida el criterio de los lectores.

El ejercicio era más complejo de lo que tradicionalmente se piensa; a más del recorrido amplio por la bibliografía histórica del

---

<sup>21</sup> En el prólogo escribió “He puesto especial cuidado en ser parco en comentarios y en episodios”, p. IV.

país, debían estudiarse textos claves de la historiografía venezolana, y de historiadores europeos de tradición, revisar periódicos, y memorias de testigos oculares, y conocer y aplicar aspectos retóricos relativos a obras didácticas e históricas. Todos estos componentes debían verse en una escritura que organizaba los datos y los presentaba de manera clara y sencilla. El uso de cuestionarios al principio o al final de cada lección, así como la numeración de los párrafos y la escasez de notas al pie, denotan un universo cognitivo memorístico, en el que la reflexión, la inferencia o las posturas críticas tenían menos importancia que el fervor y la pasión que despertaba la reiteración de los hechos de la historia patria que, a su vez, aseguraban un consenso sobre el pasado y los acontecimientos relevantes para los contemporáneos y para las futuras generaciones. Considerar que la simpleza de los contenidos se explica por la falta de recursos históricos o por tendencias ideológicas, es minimizar un asunto de gran envergadura como el que tiene que ver con las condiciones de legibilidad de estas producciones.

Los libros de historia de carácter popular registran, en cierto modo, los alcances historiográficos del país y permiten ver las condiciones de formulación y producción del saber histórico en Colombia, a lo que pueden sumarse circunstancias técnicas que ayudaron a dar forma a los escritos históricos. José María Vergara y Vergara ilustró la condición de escritor de historia cuando explicó que pudo escribir la *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, gracias a la existencia de “tres depósitos” que le permitieron corroborar “rápidamente”, decía, “que antes de 1810 había existido aquí un movimiento literario”. Vergara y Vergara hacía explícitas las diferencias intrínsecas entre un escritor dedicado a producir obras perdurables, y uno con dotes “para escribir fugaces artículos de periódico, que tienen la ventaja de que si son leídos hoy, son olvidados mañana” (Vergara y Vergara, 1867: XV)<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> Vergara y Vergara tuvo gran sensibilidad para ver los cambios sufridos en el oficio de la escritura gracias a la industrialización y a las demandas del mercado. Reconocía en la escritura una labor insertada en condiciones sociales y de producción y no sólo como un oficio individual. Acerca de la escritura de la Historia de la literatura decía: “Leí las obras de nuestros historiadores antiguos en las cuales encontré algunas referencias a otras que eran desconocidas, me fatigué tras las tradiciones orales, inconexas e incompletas, pero que también me revelaban algo. No satisfecho con llevar apuntamientos, quise formar una colección y al cabo de seis años tuve una, tal cuyo estudio me puso en camino de adelantarlo” (1867: XV). Señalemos que dicha colección reposa hoy en la Biblioteca Nacional de Colombia, conocida como el Fondo Vergara del Fondo Antiguo. Sobre la historia de la literatura de Vergara y Vergara, (Padilla Chasing: 2008).

## A modo de conclusión

Para resumir, las condiciones del mercado y los avances en las técnicas de impresión cooperaron en la definición y separación de los campos de la historia, el periodismo y la literatura. El periodista se sometía a una escritura rápida, afincada en la novedad de los hechos que demandaba una actividad política vibrante y circunscrita al presente más inmediato. El literato se dedicaba a crear escritos de ficción basados en la realidad y destinados al goce estético y a fomentar la moralidad de sus lectores. Los artículos periodísticos y las novelas por entregas publicadas en los periódicos o los folletines, se consideraban textos de corta vigencia, sometidos a los vaivenes del mercado, a los deseos comerciales de los agentes-editores y a las urgencias económicas de los escritores<sup>23</sup>.

Sin embargo, la literatura fue en Europa, en el siglo XIX un campo de interés para los escritores de historia. Bien conocida fue la afición de Leopoldo Von Ranke (1795-1886) por las novelas históricas de Walter Scott, así como el tono romántico y apasionado que caracterizó a los libros de Jules Michelet (1798-1874) (Cabanel, 2007: 13-29). Literatura e Historia se entrelazaban y eventualmente se confundían, hecho que se postergó hasta inicios del siglo XX, cuando el recién estatuido Premio Nobel de literatura fue concedido a Theodor Mommsen (1817-1903) (Balcanari, 2005: 135-146). Estos aspectos no pasarían de ser una mención tangencial sobre la buena prosa de los historiadores del siglo XIX o sobre la condición “artística” que podría revestir la escritura histórica en esa época, sino fuera porque es un problema sustantivo del análisis histórico: el de la relación/diferenciación de la historia y las letras, asunto que entonces no estaba claramente delimitado. En ese movimiento hacia la separación o autonomización entre la Literatura y la Historia, la encarnación del autor como individuo inspirado, en condiciones de “presentar al público su propia visión” (Noiriel, 2002: 26), es progresivamente reemplazada por la del investigador, compelido al cumplimiento de reglas institucionales y al seguimiento de contro-

---

<sup>23</sup> En Colombia la aparición de los folletines estuvo ligada al desarrollo de empresas editoriales medianamente consolidadas como el *Neogranadino* de Manuel Ancizar y a tentativas editoriales de Manuel María Madieto. El periódico *El Neogranadino* de Manuel Ancizar contempló la publicación de “semana literaria”, publicación que daba cabida a la impresión de novelas por entregas, (Arango Jiménez, 1991). Entre los escritores más reconocidos estaba Alejandro Dumas hijo, quien hizo de la literatura una verdadera empresa de producción de novelas por entregas (Benjamin, 1974: 23-83).

les rigurosos que definen el oficio. Desde entonces, metáforas como taller, artesanía u oficio, designan el trabajo del historiador.

A la labor artesanal y heurística habría de añadirse un elemento más: William Stubbs (1825-1901) afirmaba que para que la historia tuviera un estatuto “cultivado por sí mismo”, distante de las pretensiones “retóricas de oradores” de aquéllos que hablaban ante auditorios ignorantes, lejos del uso baladí “para componer artículos para lectores de periódicos”, era necesario procurarse grandes cuerpos documentales que debían ser publicados para el conocimiento de los amantes de estos estudios (Elias, 1996: 14). La metáfora artesanal, así como la recolección, clasificación y transcripción de cientos de legajos para ser publicados, facilitaron la representación de una labor sesuda, lenta y de quehaceres cotidianos, en contraste con la rapidez de la entrega y la urgencia de escribir para cumplir diariamente con las entregas al mercado.

La dinámica de aparición por entregas provocó representaciones con relación al oficio del escritor y a los modos de leer como una actividad asociada al gozo y al ocio. La escritura histórica, en cambio, consolidó la idea de una labor parsimoniosa de escritores que buscaban decidida y tenazmente corroborar la certeza de lo narrado, nada inventado, todo debidamente comprobado. La representación material se dio a través de la composición de obras que se entregaban acabadas al público, soportadas en andamiajes tipográficos que hacían visible las indagaciones del escritor. La escritura histórica seguía un plan que con anterioridad ordenaba el autor y que le obligaba a seguir una jerarquía de contenidos lógicos y verdaderos, donde no debía dejarse espacio a la invención o a la falsificación.

El plan se hacía con los contenidos y los documentos, teorías o demás escritos que sustentaban la argumentación, y era el medio para demarcar los límites y los alcances de la escritura histórica y constreñir el ingenio y la imaginación o la tentativa de “disertar y filosofar”, riesgo que, según Hugo Blair, podía llevar a que el historiador “tuerza los hechos y los acomode a aquel sistema particular que se ha formado” (Blair, 1834: 324).

El plan era la guía que facilitaba al escritor la ponderación de los contenidos; el lenguaje a usar ayudaba en el discernimiento de posibles títulos o nominaciones y a visualizar los lectores a los cuales se dirigía el texto. Decía Quijano Otero que la inclusión de comen-

tarios con valor moral, “ha sido la base del plan que me propuse al emprender este trabajo” (Quijano Otero, 1874: V). Por su parte José María Vergara y Vergara contaba a sus lectores que en principio había pensado en llamar su libro *Memorias* que “salvaba mi responsabilidad, pero no salvaba el plan que era forzoso seguir” (Vergara y Vergara, 1869: XI). Caso bien diferente del de las novelas por entregas, que regidas por el gusto de los lectores, eran alargadas en el tiempo por los escritores, según los vaivenes del mercado. Bien se expresaba el periódico *El Mosaico* cuando anunciaba a los lectores el fin de la publicación de la novela *La Condesa de Montecristo* de Juan Dubois: “Durante un año y medio hemos estado acompañando al autor por los puntos donde ha querido llevarnos su ingenio” (*El Mosaico*, 1872 c: 273), afirmación que deja entrever que más que responder a un plan que anudaba un escrito a un contenido fijado de antemano, las novelas seguían criterios creativos activados en función de la demanda y el gusto del mercado, lecturas para la fruición y el goce que no requerían del silencio y el método de los estudiosos en los gabinetes 

## Referencias

- Acosta Peñaloza, Carmen Elisa (1999). *Lectores, lecturas y leídas. Historia de una seducción en el siglo XIX*. Bogotá: Icfes.
- Alvarez Bonilla, Enrique (1893). *Tratado de retórica y poética*. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos.
- Aurell, Jaume – Balmaceda, Catalina – Burke, Peter – Soza, Felipe (2013). *Comprender el pasado: una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal.
- Bancalari Molina, Alejandro (2005). “Theodor Mommsen el mundo romano y sus proyecciones: A propósito del centenario de su muerte”. En: *Atenea*, No. 492, Chile, pp. 135-146.
- Benjamin, Walter (1973). *Iluminaciones II. Un poeta en el esplendor de capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, Walter (1980). “Tres textos: historia de la literatura y ciencia literaria”. En: *ECO Revista de cultura de Occidente*, Vol. 37, Madrid, pp. 155-172.
- Benjamin, Walter (2004) [1934]. *El autor como productor*. Traducción y presentación de Bolívar Echeverría. México: Editorial Itaca.
- Blair, Hugo (1834). *Lecciones sobre la retórica y las buenas letras*. Lo tradujo del inglés don José Munariz, 4ª ed. aumentada con el *Tratado Sublime de Casio Longino*. México D.F.: Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo.
- Cabanel, Patrick (2007). “Jules Michelet”. En: Sales, Veronique (coord.). *Los historiadores*. Granada: Universidad de Granada-Universidad de Valencia, pp.13-29.
- Cardona Z., Patricia (2013). *Y la historia se hizo libro*. Medellín: Fondo Editorial de la Universidad EAFIT.
- Chartier, Roger (1994). “Cuatro preguntas a Hayden White”. En: *Historia y Grafía*, No. 3, México D.F., Universidad Iberoamericana, pp. 231-246.
- Chartier, Roger (2004). “Lecturas y lectores “populares” desde el Renacimiento”. En: Chartier, Roger – Cavallo, Guglielmo. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Barcelona: Taurus.
- Chartier, Roger (2008). *Escuchar a los muertos con los ojos*. Barcelona: KATZ.
- Correa, Carlos Mario (2011). *La crónica reina sin corona. Periodismo y literatura: fecundaciones mutuas*. Medellín: Fondo Editorial de la Universidad EAFIT.

De Certeau, Michel (2006). "La operación historiográfica". En: *La escritura de la historia*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.

Eco, Umberto (1994). *Socialismo y consolación*. Barcelona: Tusquets.

Elias, Norbert (1996). *La sociedad cortesana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Franco, Constancio (1881). *Compendio de la historia de la revolución de Colombia para el uso de las Escuelas. Curso primero. La Independencia. 1810-1819*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.

Hebrard, Jean (1989). "La escolarización de los saberes elementales en la época moderna". En: *Revista de Educación*, No. 288, Madrid, pp. 63-104.

Laverde Amaya, Isidoro (1892). *Apuntes sobre bibliografía colombiana con muestras escogidas en prosa y verso*. Con un apéndice que contiene la lista de las escritoras colombianas, las piezas dramáticas, novelas, libros de historia y viajes de escritores colombianos. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, pp. 237-240.

Mackenzie, Donald F. (2005). *Bibliografía y sociología de los textos*. Barcelona: Akal.

Noiriel, Gerard (2002). "Historia: por una reflexión pragmatista". En: Cruz Romeo, M. – Saz, Ismael. *El siglo XX. Historiografía e historia*. Valencia: Universidad de Valencia, pp. 11-28.

Otero Muñoz, Gustavo (1931). *Historia del periodismo colombiano*. Bogotá: Selección Samper Ortega de la Literatura Colombiana.

Padilla Chasing, Iván Vicente (2008). *El debate de la hispanidad en Colombia en el siglo XIX. Lectura de la Historia de la Literatura de la Nueva Granada por José María Vergara y Vergara*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Pruvonena (José María Riva Agüero) (1858). *Memorias y documentos para la historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido esta*. París: Librería de Garnier Hermanos, Sucesores de D. V. Salvá, 2 tomos.

Quijano Otero, José María (1891). *Compendio de la historia patria*. 3ª edición. Bogotá: Librería Colombia.

Ricoeur, Paul (1999) [1985]. "El mundo del texto y el mundo del lector". En: *Tiempo y Narración III El Tiempo Narrado*, México D.F., pp. 864-900.

Rodriguez-Arena, Flor María (2007). *Periódicos literarios y géneros narrativos menores. Fábula, anécdota y carta ficticia. Colombia (1792-1850)*. Florida: Stockcero.

Uribe, María Teresa – Álvarez Gaviria, Jesús María (1985). *Cien años de prensa en Colombia 1840-1900. Catálogo indizado de la prensa existente en la Sala de Periódicos de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Vallejo, Maryluz (2006). *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Editorial Planeta.

Vergara y Vergara, José María (1867). *Historia de la literatura en Nueva Granada, parte I, desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. Bogotá: Imprenta de Echavarría Hermanos.

Vergara y Vergara, José María (1869). *Reglamento del Archivo Nacional de los Estados Unidos de Colombia. Fundado el 17 de enero de 1868*. Bogotá: Imprenta i estereotipia de “El Liberal”.

### **Fuentes Primarias Biblioteca Nacional de Colombia (BNC)**

BNC. Fondo Suárez 643. *Historia de la literatura en Nueva Granada* por José María Vergara y Vergara, parte I, *desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*. Bogotá: Imprenta de Echavarría Hermanos, 1867.

BNC. Fondo Pineda 133, Pieza 7. *Introducción al estudio de la literatura; dedicada a las clases de retórica, Arte poética i oratoria*. Bogotá: Imprenta de J. A. Cualla, 1848.

BNC. Fondo Cuervo 1271. *Lecciones sobre la retórica y las buenas letras* por Hugo Blair. Lo tradujo del inglés don José Munarriz, 4ª Edición Aumentada con el Tratado Sublime de Casio Longino. Méjico: Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1834.

BNC. Misc. 100. *Compendio de la historia de la revolución de Colombia para el uso de las Escuelas. Curso primero. La Independencia. 1810-1819*. Por Consorcio Franco. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1881.

BNC. Fondo Pineda 587. *Compendio de la Historia Patria para el uso de las escuelas primarias*. Por José María Quijano Otero. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1874.

BNC. Fondo Pineda 803, F. 186 186. Bogotá, 1846.

BNC. Fondo Pineda 803, F. 762.

### **Fuentes primera Biblioteca Luis Angel Arango. Sala de libros raros y manuscritos (BLA. SLRM)**

BLAA. SLRM. Misc. 1137. *Compendio de geografía especial del Departamento de Santander puesto en verso para el uso de las escuelas y los colegios* por Luis Felipe French. Vicerrector del Colegio Universitario de El Socorro. El Socorro: Imprenta de Cancino y Hermanos.

## Periódicos de la época

- “Bibliografía” (1859, enero 4). En: *El Mosaico*, Trimestre 1, No. 2, Bogotá.
- “El Mosaico” (1872 b, marzo 5). Año II, No. 7, Bogotá, p. 56.
- “A los suscritores” (1872 a, abril 2). En: *El Mosaico*, Año II, No. 11, Bogotá, p. 81.
- “Variedades” (1872, septiembre 17). En: *El Mosaico*, Año II, No. 35, Bogotá, p. 273.
- “Al señor doctor José Joaquín Ortiz” (1871, marzo 2). En: *El Mosaico*, Trimestre 1, No. 5, Bogotá, p. 33-34.
- “Anuncios” (1854, mayo 18). En: *Periódico el Neogranadino*, Año II, No. 80, trimestre VII.
- “Variedades. María o la esclavitud en los Estados Unidos. Literatura i Bellas Artes” (1850, enero 10). En: *El Suramericano*, Trimestre 2, No. 27, Bogotá, (sin paginación).
- Lavarde Amaya, Isidoro (1882, noviembre 28). “Apuntes sobre bibliografía Colombiana”. En: *Papel Periódico Ilustrado*, No. 30, año II, p. 93-95.
- “Cero i van cincuenta” (1850, junio 16). En: *El Cernícalo*, Trimestre I, No. 2, Bogotá.
- Samper, José María (1882, junio 1). “Manuel Ancízar”. En: *Papel Periódico Ilustrado*, Año 17, No. I, Bogotá, pp. 265-266.
- Vergara y Vergara, José María (1871, julio 22). “Prospecto Revista de Bogotá”. En: *El Mosaico*. Trim. II, p. 170-171.

## Cibergrafía

- Arango Jimenez, Raúl (1991). “La literatura de folletín en el siglo XIX: Novelas de capa y de espada y de amor apasionado”. En: <http://www.ban-repcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/mayo1991/mayo2.htm> Ingreso: agosto 23 de 2014
- Acosta Peñaloza, Carmen Elisa. “Bibliotecas ideales en la prensa neogranadina (Colombia segunda mitad del siglo XIX)”. En: <http://www.ahistcon.org/docs/ayer/ayer58/58-7.pdf> Ingreso: Agosto 23 de 2012
- Vergara y Vergara, José María. “Tres tazas y otros cuadros”. En: <http://www.banrepultural.org/blaavirtual/literatura/cosiv/cosiv23a.htm> Ingreso: agosto 11 de 2012.